

que la de los buenos palmas, y làuros merècen.) Todos los que conocian à Sancho Pança, se admiràvan oyèndole hablàr tan elegantemènte, y no sabian à que atribuyrlo, fino à que los oficios, y cargos graves, ô adòban, ô entorpècen los entendimièntos. Finalmènte el dotor Pedro Rezio Agüero de Tirteafuera prometìò de dàrle de cenàr aquella noche aunque excedièsse de todos los aforismos de Hipocrates. Con esto quedò contento el Governador, y esperàva con grande ansia llegàsse la noche, y la hora de cenàr; y aunque el tiempo, al parecèr fuyo, se estàva quedo sin movèrse de un lugar, todavia se llegò, por el tanto desèado, donde le dièron de cenàr un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cozidas de ternèra algo entràda en dias. Entregòse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado Francolines de Milan, Faysànes de Roma, Ternèra de Sorrento, Perdizes de Moron, ô Gansos de Lavajos; y entre la cena, bolvièndose al dotor, le dixo: Mirad, Señor Dotor, de aquí adelànte no os curèys de darme à comèr cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque serà facàr à mi estòmago de sus quicìos, el qual està acostumbràdo à cabra, à vaca, à tocino, à cecina, à nabos, y cebollas; y si acàsò le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas vezes con asco. Lo que el Maestresala puede hazèr es, traèrme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huèlen, y en ellas puede embaulàr, y encerràr todo lo que el quisière como sèa de comèr, que yo se lo agradecerè, y se lo pagarè algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque ô somos, ô no somos: Vivàmos todos, y comàmos en buena